

# *El español: Una lengua con volumen*

GREGORIO SALVADOR\*

**J**ulián Marías ha escrito hace poco un precioso artículo sobre "La magnitud real de España" en el que se refiere a los distintos factores que constituyen esa magnitud: su extensión territorial, su espesor histórico y, sobre todo, la excepcional dimensión de su idioma común, de la lengua llamada española o castellana. Prolongaré yo aquí su idea, que me parece esencial en la consideración de lo que es España, y glosaré algunas de sus afirmaciones añadiendo detalles, porque todo lo esencial ya lo dice él. "El español no es sólo la lengua de España, sino la efectiva —y no meramente oficial— de una enorme porción del mundo. Es la lengua 'propia' de unos cuatrocientos millones de personas, que comparten la misma interpretación lingüística de la realidad, que pertenecen, por tanto, a una inmensa comunidad, no ciertamente política, pero sí social e histórica". Así es. Nunca en la historia

\*De la Real Academia Española.

del mundo, ni antes ni ahora, se había dado el hecho de que tantas naciones hubiesen tenido un idioma común, que no es único en todas ellas, pero sí en bastantes, y ampliamente mayoritario en todas las demás: la lengua del país, no simplemente la lengua de la administración.

Quede eso bien claro. Como asimismo la cualidad añadida de ser una lengua muy cohesionada, posiblemente la más unitaria de todas las grandes lenguas del mundo y de las medianas y de la mayor parte de las pequeñas. Sus diferencias dialectales son mínimas en comparación con las que suelen ofrecer otros dominios lingüísticos y no impiden nunca ni siquiera dificultan la intercomprensión entre sus hablantes, procedan de donde procedan. Cualquier hispanohablante entiende a otro, sin mayores problemas, lo que no puede asegurarse, en cambio, de los anglohablantes, y no digamos de los de otras lenguas que pasan por unitarias porque tienen un nombre común que las designa en bloque, pero que están absolutamente ramificadas y constituyen un conjunto de sistemas diversos, ininteligibles entre sí, algo así como si siguiéramos llamando latín a la nuestra y a todas las de su familia y se supusiese, desde fuera, que Rumania, Italia, Francia y la Península Ibérica compartían un mismo idioma. Es más o menos lo que pasa con el árabe, cuya unidad oral no existe y sólo se mantiene en el árabe literal, que es a las lenguas de ese origen, a las que llaman simplemente dialectos, lo que el latín fue a las lenguas europeas hasta el siglo XVIII: una superestructura arcaizante y artificiosa sobre la multiforme realidad de los idiomas romances. Y la primacía numérica del chino entre las lenguas del mundo no es tampoco clara como parece desprenderse de las cifras que se nos dan, que son las de los chinos que existen y que hablan diversas lenguas, unidas, aparte vínculos originarios, por el común sistema ideográfico del chino escrito; de ahí la absoluta imposibilidad de adaptar tal complejo lingüístico a una escritura alfabética sin disgregar el idioma que, desde la escritura, sigue estimándose común, aunque la comunicación oral resulte imposible entre los hablantes de las numerosas variedades.

Hago este excursus para que se entienda hasta qué punto hablar de español es hablar inequívocamente de una lengua verdadera, de un idioma homogéneo, de un instrumento de comunicación realmente válido para todos sus usuarios. Quiero añadir aún que los términos *lengua* y *dialecto* son anfibológicos en el uso que de ellos se suele hacer en diferentes áreas lingüísticas. El lingüista norteamericano Hockett hablaba de "lenguas *simplex*", aquellas cuyas variedades son todas inteligibles entre sí, y "lenguas *complex*", aquellas que tienen variedades incomprensibles desde otras variedades. El español es, desde luego, una lengua *simplex*, una de las pocas que existen entre las de gran extensión. Los límites de las lenguas, de las que son consideradas como tales y reciben un nombre que les da entidad nominal, suelen ser difusos y complicados, y aunque las variedades que engloban reciban el nombre de dialectos, su mutua ininteligibilidad les da carácter de lenguas independientes pese a que no se reconozcan como tales: recuérdese lo dicho del árabe o del chino. En cambio hay lenguas que se distinguen nominalmente y se diferencian por algo que les es externo, sin que un lingüista pueda considerarlas diferentes: sabido es, por ejemplo, que el urdu no es sino el hindi escrito con caracteres árabes y no con escritura devanagari. Y la semejanza de las lenguas eslavas, escritas unas con el alfabeto cirílico y otras con el latino, es tanta, al parecer, que muchos lingüistas consideran que son dialectos de un eslavo común y no lenguas, así como son lenguas y no dialectos los del árabe y, sin ir más lejos, los ocho que se le contaban al vasco. En realidad, para un lingüista, dos variedades cualquiera de una misma familia lingüística tienen entre sí una relación que puede ser de dialecto o lengua según que los hablantes de una y otra puedan entenderse entre sí, sin dificultad notable, o no.

Ocurre, pues, que cuando se habla de las lenguas del mundo se habla de realidades muy diversas, porque se computan por sus nombres y hay conjuntos que se cuentan como unidades y unidades que no cuentan porque mantienen su denominación histórica de dialectos, aunque su ininteligibilidad para otros hablantes de la lengua que les da nombre resulte evidente. Ya me he referido en otras ocasiones a estas obviedades clasificatorias, lo que contribuye a hacer no ya poco fiables sino absolutamente falsos muchos datos de la demolingüística, la disciplina que establece, estadísticamente, el número de hablantes de cada lengua y su distribución territorial. El número es casi siempre dudoso —yo escribí ya hace años sobre "los alegres guarismos de la demolingüística"—, pero la extensión geográfica es más fácil de establecer con precisión.

La lengua española cubre una enorme porción geográfica del hemisferio occidental, como todos sabemos e incluso hemos visto alguna vez en los mapas coloreados que nos presentan la distribución espacial de los principales idiomas del mundo. Pero como esa representación gráfica suele estar basada más bien en la oficialidad de las lenguas que en su real utilización, la imagen que cartográficamente se da carece de la tercera dimensión, es decir, de su verdadera presencia en esos territorios y puede confundir, comparativamente, acerca de su auténtico volumen. Porque ya dije que el español es lengua única o ampliamente mayoritaria en todos los países donde es lengua oficial, lo que no es el caso del inglés o del francés, lenguas oficializadas en la administración de estados donde sólo una minoría las conoce. El francés, por ejemplo, es lengua oficial en treinta naciones y el español sólo en veintidós, pero el número estimado de hablantes de nuestro idioma cuadruplica, por lo menos, el de los que hablan el de la nación vecina. Nos estamos acercando a los cuatrocientos millones de personas que tienen, en el ancho mundo, el español como lengua materna, y esa cifra ya se ha superado si añadimos las que lo tienen como segunda lengua o lengua adquirida.

Pero hay además otra dimensión de las lenguas que es preciso tener en cuenta para valorar su volumen, y esa dimensión la ha sabido ver igualmente Julián Marías al considerar lo que él llama la "profundidad" de España. Estima que la temprana fijación de su lengua "prolonga hacia un remoto pasado la interpretación lingüística de los españoles: las grandes obras medievales, desde el *Poema del Cid*, todo lo escrito por Berceo, por el Arcipreste de Hita, por el Canciller López de Ayala, por el Infante don Juan Manuel, por el Marqués de Santillana, por Jorge Manrique, se puede leer como español, entenderse: son clásicos accesibles, y eso no ocurre con el inglés ni con el francés. El español y el italiano son lenguas más antiguas, porque con ellas comprendemos a nuestros respectivos antepasados medievales. Es curiosa la confusión existente acerca de la antigüedad de las lenguas: una lengua es tan antigua como lo sea el primer texto conservado que resulte inteligible, sin dificultad notable, desde su estado actual; los textos anteriores son de otra lengua anterior en el tiempo, aunque ya hubiera recibido el nombre que ahora designa a la que de ella procede. Es una obviedad que parecen ignorar incluso algunos lingüistas, no digamos los que no lo son y se remontan en sus hipótesis hasta la misma torre de Babel. Pero son pocas las lenguas que hayan cumplido el milenio y pocos, por lo tanto, los hombres actuales que pudieran entender, superponiendo tiempos, a sus antepasados de hace mil años o incluso muchos menos, quinientos acaso. Hablo de las que han tenido soporte literario y tradición escrita, las otras ni se cuentan. Pues bien, el español es una de las pocas que son milenarias y se ha mantenido lo suficientemente estable en el tiempo como se mantiene en el espacio, tras su expansión americana. Eso le da un volumen inusitado y justifica un fenómeno que casi no tiene parangón: el de la legión de hispanistas extranjeros, repartidos por el ancho mundo, que no sólo se ocupan de un conjunto

cultural e histórico que la ha tenido como vehículo, pero que la trasciende. ¿Nos damos cuenta de lo que eso significa?

Y esos clásicos medievales nuestros, accesibles a los españoles de hoy, que escribían ya en esta lengua nuestra, son igualmente los clásicos de todos esos pueblos de América que con nosotros la comparten. Pasé en Montevideo una semana hará cosa de un par de meses. Asistí, una noche, en el Teatro Solís, que tiene siglo y medio, a la celebración del cincuentenario de la creación de la Compañía Nacional de Teatro, que servía a la par de homenaje a una famosísima y veterana actriz, Estela Martínez, que ha sido el alma de esa compañía y es una gloria nacional del Uruguay. Se representaba un Retablo del Amor y de la Muerte en el que se escenificaban una serie de textos del *Libro de Buen Amor*, de *La Celestina*, de Garcilaso, Góngora, Quevedo, Rubén Darío, Antonio Machado y Federico García Lorca. Los recitó con tal perfección la homenajeada, los representó con tal pasión y tanta vida, que al concluir la función, el teatro se venía abajo, tal era el entusiasmo del público. Cuando pasados varios minutos se acallaron los aplausos, comenzaron los brindis, las ofrendas y los discursos. El último en hablar fue el Intendente municipal de Montevideo, que es como llaman a los alcaldes en los países del Río de la Plata. Se refirió a lo que conjuntamente se celebraba: la existencia de ese teatro, el más antiguo de América, los cincuenta años de una compañía que ha mantenido viva la llama del teatro imperecedero, en el país, y la gratitud a una actriz que lo ha estado representando magistralmente y que esa misma noche nos había emocionado a todos con su brío y su dicción, pero también un homenaje a esa lengua española, "que es la nuestra", en la que estaban escritos los textos literarios que habían constituido el núcleo de la representación.

Me gusta recordar que el español no es seña de identidad nacional para nadie, porque somos muchos los países y muy diversas las gentes que lo compartimos. El español es un idioma plurinacional y multiétnico y es mucho más que una marca, que un simple rasgo diferenciador: una lengua que une, no que separa. Evidentemente agrupa a una muchedumbre humana tan enorme y abigarrada, tan heterogénea y variopinta, que resulta imposible alzarlo como bandera de nadie, como símbolo diferenciador, porque las banderas, lingüísticamente, son de la misma familia que las bandas, las bandadas y las banderías.

El español no acota grupos ni marca rayas fronterizas, es por su propia condición histórica una lengua internacional y no posee sólo latitud sino esencialmente volumen. Nació en Castilla, pero fue de España y lo es hoy de una gran parte de América; es un idioma en el que ha imperado la fuerza de intercambio sobre el espíritu de campanario, lo que en este mundo tan intercomunicado en que vivimos, aparte de sernos útil, nos puede servir de orgullo, pero por otra parte anula cualquier veleidad nacionalista española que, en estos tiempos de cerrados y alicortos nacionalismos europeos, nos pudiera inficionar.

Extranjero es, según el Diccionario académico, el natural de una nación con respecto a los naturales de cualquier otra y, como sustantivo masculino, toda nación que no es la propia. Pues bien, he de declarar que personalmente —y creo que es sentimiento ampliamente compartido— no he podido jamás calificar como extranjeros a uruguayos, argentinos, chilenos, colombianos, costarricenses, mexicanos, puertorriqueños o cualesquiera otros naturales de un país de la América hispánica y, cuando he visitado alguna de esas naciones, ni la he estimado extranjera ni me he sentido extranjero yo. Creo que la magnitud de España, o la de cualquiera de esos otros países que comparten nuestro idioma, no concluye en sus fronteras nacionales, porque la lengua nos libra de

sentimientos empequeñecedores. No nos identifica y nos constriñe; antes bien, nos comunica y nos libera.